

# NUEVA LUZ SOBRE LA ESCRITURA EN LAS AMÉRICAS

Virginia Morell\*

***El descubrimiento de un notable —y enigmático— nuevo sistema de escritura pre-maya ha agregado una nueva pieza al rompecabezas de cómo se originó la escritura en las Américas.***



A fines de 1987, Fernando Winfield Capitaine, entonces director del Museo de Antropología, en Jalapa, México, anunció un asombroso descubrimiento: el rescate en el Río Acula de un monumento de basalto de 1.80 m de alto y 4 toneladas de peso en el cual se halla grabado un prolongado tejido jeroglífico. Al parecer, un campesino del cercano poblado de La Mojarra descubrió la estela por accidente —caminando sobre ella cuando cruzaba el río—. La estela, que había caído al agua centurias atrás, ahora estaba de pie como un simple, masivo indicio de un olvidado señorío que alguna vez ocupó las riberas del río.

Las inscripciones jeroglíficas son conocidas a todo lo largo de Mesoamérica, particularmente en los templos y estelas mayas. La Estela de La Mojarra, como se ha llamado al nuevo monumento, revela un sistema de escritura que los epigrafistas (la gente que descifra los jeroglíficos) ha conocido previamente en sólo un puñado de artefactos, incluyendo una estatuilla en forma de pato, unos

cuantos tiestos, una máscara ceremonial y monumentos fragmentados. Ahora aquí, en un arreglo asombroso, está una inscripción completa de 520 jeroglíficos que rodea la figura de un rey esmeradamente tallada.

El texto es de una complejidad que puede rivalizar con cualquier otra inscripción maya (sólo dos textos mayas de los conocidos son más largos). Y lo más sorprendente es la fecha. El texto incluye dos fechas en el Calendario de Cuenta Larga de Mesoamérica, 143 y 156 d. C., cerca de 150 años antes de la inscripción maya de extensión similar conocida.



"Pensábamos que los mayas eran los únicos que tenían un sistema de escritura totalmente desarrollado hasta que la Estela de La Mojarra fue extraída del agua" dice Kathryn Josserand, una mayista independiente establecida en Texas. "Tan pronto como su inscripción fue publicada y nosotros mostramos que estaba relacionada con estos textos tempranos [en la inscripción de La Mojarra], todo mundo brincó".

Irónicamente, en un alarde de poder, en el museo de Jalapa, el nuevo director etiquetó la Estela como un frau-

\*Virginia Morell es una periodista independiente con residencia en Oregon.



de y la ocultó en el sótano — probablemente, dicen los enterados, para desacreditar a su predecesor —. Pero en este país, todos los expertos piensan que el monumento es genuino y su descubrimiento ha agitado un campo que desde entonces está fermentando: los orígenes de la escritura en Mesoamérica.

La Estela de La Mojarra de ninguna manera ha dicho a los expertos cómo se inició el lenguaje escrito en América. Pero se ha agregado otra interesante pieza a lo que ya resulta un mosaico muy complejo. De hecho, los estudiosos sospechan ahora que existen varias complejas tradiciones de escritura locales antes de la maya. Y en uno de los más excitantes aspectos en trabajos recientes, los expertos han vuelto al principio sobre las condiciones bajo las cuales surge tal sistema.

Han comenzado identificando el sistema taquigráfico de iconografía a partir del cual se desarrolla la escritura, y las condiciones sociales específicas —tales como la estratificación social y la forma de liderazgo religioso— que dieron surgimiento al lenguaje.

Mucha de la actividad actual ha sido estimulada por los grandes trancos que en la última década han dado los epigrafistas en el desciframiento de los jeroglíficos del Clásico Maya (término usado para denotar el grado máxi-

mo de la civilización maya, desde aproximadamente 200 d. C. hasta 900). Los investigadores saben ahora que los complicados jeroglíficos, alguna vez vistos sencillamente como una elaborada forma de iconografía, se consideran actualmente un registro histórico de las dinastías mayas. Los mayas registraron en sus monumentos, los nacimientos, matrimonios y la muerte de reyes y reinas —acompañados de batallas sostenidas, cautivos tomados para el sacrificio y las ofrendas de sangre de sus líderes.

Y para cada evento registraron la fecha. Actualmente se considera a los mayas como el pueblo más temprano en la América de la pre-conquista con sus propios registros históricos. O por lo menos con una historia que actualmente los investigadores pueden leer. Pero los mayas no fueron el único pueblo de Mesoamérica atareado registrando los eventos importantes de su tiempo como lo atestigua la Estela de La Mojarra. Está claro que el elaborado sistema de escritura maya deriva de precursores, aunque la evidencia de esas culturas tempranas permanece oculta.

Lo que los epigrafistas saben es que cerca del 500 a.C. existían ya en Mesoamérica dos tradiciones de escritura: la oaxaqueña y la del sureste. La tradición oaxaqueña surge en el altiplano central mexicano; la del sureste, en el Istmo y en Yucatán. Quizá la escritura oaxaqueña es la más antigua puesto que una estela del sitio de San José Mogote data de entre 700 y 500 a. C. Pero la tradición del sureste (llamada Istmeña o Izapa-Maya) aparece poco después (en un sitio olmeca en el Istmo y en los altos de Guatemala) y con el tiempo florece en las complejas escrituras de los pueblos de La Mojarra y del Clásico Maya.

Por los estudios iniciales los investigadores pensaron que la Estela de la Mojarra estaba más estrechamente relacionada con el sistema Istmeño, mientras que los glifos mayas se asemejan más a los de Guatemala. En cuanto a que ambas tradiciones de escritura, la oaxaqueña y la del sureste, tengan un ancestro común, depende de a qué epigrafista consulte: "Puede irse en ambos sentidos, pero yo me inclino a pensar que tuvieron un precursor común", dice Peter Mathews, un epigrafista de la Universidad de Calgary en Alberta: "Pero puesto que las dos tradiciones son tan diferentes en estilo y han sido halladas en sitios tan distantes, la escritura en Mesoamérica ha ido evolucionando por bastante tiempo".

Y todos estos jeroglíficos tempranos pueden derivar de símbolos inscritos en hachas de jade o serpentina (hachas ceremoniales) que fueron usadas en ritos por toda Mesoamérica. Algunas de estas hachas grabadas fueron hechas por los olmecas, quienes se asentaron en la región de la Costa del Golfo cerca de Veracruz alrededor del 1,200 a. C. La olmeca (igual que otras culturas mesoamericanas) desarrolló un rico sistema iconográfico tallando en sus estelas elaboradas serpientes, monstruos de la



tierra y tiburones y esculpiendo bustos del tamaño de rocas y retratos de sus líderes en bajo relieves.



"Éstas son verrugas –reproducían todo–, igualmente esculpieron algunos gobernantes con dientes de animales", dice Kent Reilly, un historiador mesoamericanista de la Universidad de Texas en Austin. "Quizá los olmecas tallaron tan particulares retratos porque fueron los primeros en tener un liderazgo hereditario, así que las características individuales fueran tan importantes para ellos".



Y tal vez esos retratos tan personales de gobernantes –una especie de Galería Nacional Mesoamericana del Retrato– porten una relación especial con la escritura. En ocasiones las cabezas esculpidas fueron coronadas con un tocado ostentando un motivo simbólico –motivos que David Grove, un arqueólogo de la Universidad de Illinois en Urbana, ha identificado como artificios nominales. "En algunos casos usted puede ver que se está retratando a la misma persona a causa de sus rasgos fisonómicos y por el motivo en su tocado" dice Grove.

En otras tallas olmecas fechadas en el año 1,000 a. C., los gobernantes aparecen sentados ante simbólicas entradas al inframundo. El lazo entre tales simbolismos, el gobernante y el eventual desarrollo de la escritura, es natural, dice Grove: "Él es el enlace de la sociedad, la atadura con lo sobrenatural. Es el centro del universo, la persona que puede comunicarse con las fuerzas sobrenaturales que afectan la agricultura, el clima, la enfermedad. La talla y su iconografía comunican este poder y ayudan a legitimizar la demanda del gobernante por el trono".



Mensajes similares se registran en cerámica, hachas y otros objetos de piedra portables datados desde 900 a 50 a. C. Pero en lugar de retratar al gobernante en detalle, estas inscripciones muestran parte de su cuerpo –por ejemplo, la mitad inferior del cuerpo sentado en un trono, o los brazos en un abrazo de saludo–. Tal iconografía (tallada no por los olmecas mismos, sino por representantes tardíos dentro de la misma tradición cultural – individuos a los que algunos arqueólogos se refieren como Epi-olmecas), no era escritura como la que conocemos, dice Michael Coe, arqueólogo de la Universidad de Yale: "Estaban usando un sistema de signos a los que se les ha llamado *pars pro toto*, donde una parte representa al todo, el cual transmitía información de naturaleza político religiosa. Pero esto no es escritura. Es más parecido al sistema de señales camineras que puede entender cualquiera, no importando que hable inglés o swahili". "¿La diferencia clave entre esto y la escritura? –dice Coe–. Como son los glifos mayas, no hay ningún lazo con un lenguaje en particular".

Coe y otros arguyen que fue de tal taquigrafía iconográfica que se desarrolló la escritura mesoamericana – un

paso que se da cuando las comunidades primitivas se organizan en caudillajes y luego en estados. "La escritura se desarrolla del simbolismo tradicional religioso" –dice Coe– "Llega al tiempo que la sociedad va siendo más urbanizada, cuando la población va creciendo y las élites necesitan expresarse para registrar su linaje y sus proezas, como una forma de legitimar su papel en la sociedad".



Si bien los iconos abreviados en las hachas de mano no constituyen escritura, sí son representaciones abstractas, estilizadas, de ideas. "Los símbolos en las hachas difieren de la iconografía formal a causa de que se pueden separar las partes significantes" expresa John Justeson, lingüista de la Universidad del estado de Nueva York en Albany: "Si la cosa significativa era una salutación o una reunión de reparto ceremonial de maíz, entonces se podía mostrar la mano ejecutando el gesto, mientras arriba se podían inscribir los símbolos que mostraran la identidad y rango del gobernante".

Tales símbolos fueron algunas veces escritos en una forma lineal, como si el escriba hubiera nombrado primero al gobernante y después descrito la acción que se ejecutaba. Este sistema pudo haber provisto un buen punto de arranque para la elaboración de un sistema de escritura. "No hay mucha distancia desde este sistema precursor de iconografía a la escritura" –dice Justeson– "todo lo que tenían que hacer era estandarizar el tamaño y formato de los símbolos".

También tuvieron que darle a los símbolos un sentido lingüístico, para enlazarlos directamente a su propio lenguaje –paso que Justeson cree que dieron vía del calendario ritual de 260 días–. Al parecer lo inventaron por el tiempo de los Epi-olmecas comenzando por grabar sus hachas, usando en el calendario barras y puntos para representar numerales, e imágenes (típicamente animales y plantas) para los días. Un registro en el calendario podía leerse '3 venado' o '10 jaguar'.

Fue esta yuxtaposición específica de números e imágenes lo que Justeson cree que condujo a la escritura. "En la fecha '3 venado' se representan dos diferentes ideas –explica–: hay la idea de 'venado' y la idea de '3'. En un sistema puramente iconográfico, se puede expresar esto dibujando las figuras de tres venados. Pero esto no da una representación lingüística, palabra por palabra, de '3 venado'. Para representar '3 venado' lingüísticamente, se necesitan sólo dos símbolos".

Uniéndolo el numeral 3 con un símbolo de venado (el cual puede haber derivado de las imágenes representadas en las hachas) los mesoamericanos tempranos descubrieron la manera de describir la fecha '3 venado' exactamente como si estuvieran hablando en su lenguaje. Por lo tanto, la estela oaxaqueña de San José Mogote (aceptada generalmente como el más temprano ejemplo conocido de este estadio de la escritura mesoamericana,

fecha entre 700 y 500 a. C.) porta la fecha "Terremoto 1" precisamente en el orden de palabras usado por la gente de Oaxaca hablante de zapoteca. No obstante, en las lenguas mayas los numerales preceden a los nombres y el orden jeroglífico para esta fecha se invertirá: "1 Terremoto".

Una vez que el pueblo mesoamericano comenzó a dar significado lingüístico a su iconografía, estuvieron en el buen camino para desarrollar lo que algunos investigadores consideran un sistema de escritura totalmente desarrollado — incorporados elementos fonéticos, gramática y puntuación—. "Los elementos fonéticos, gramática y puntuación fueron agregados cuando la iconografía fue insuficiente para representar una palabra", dice Justeson, "por ejemplo, en glifos egipcios el símbolo 'oreja' puede significar 'oreja' o 'escucha' o 'pon atención'. Agregando glifos fonéticos a esta imagen, el escriba especifica cómo debe ser leído el símbolo".

Los mayas ampliaron su glífica (de manera similar, agregando marcadores fonéticos y semánticos al principio o al fin del glifo, para clarificar el texto. Eventualmente los mayas desarrollaron grafías puramente fonéticas que fueron usadas con logogramas. Irónicamente, aunque los oaxaqueños hablantes de zapoteca pudieron haber sido los primeros en usar el sistema jeroglífico — 700 años antes del Clásico Maya — hicieron poco uso de los glifos fonéticos (algunos investigadores quieren argüir que no usaron ninguno) y jamás escribieron textos demasiado largos.

Justeson explica que el lenguaje monosilábico zapoteca "no es conducente al foneticismo, pues confiaron en logogramas, los cuales, como en la escritura china, puede representar cualquier lenguaje. Pero esto es también su vigor, cualquiera lo puede usar". De hecho la escritura zapoteca fue adoptada por el pueblo mixteco — igual que los japoneses adoptaron la escritura china —. Las inscripciones zapotecas típicas registraron el número de cautivos tomados por un guerrero en particular, en un día específico y en una determinada población.

"Ésas son esencialmente esculturas que han sido etiquetadas con un nombre" dice Linda Schele, una epigrafista maya de la Universidad de Texas en Austin. "Éstos parecen ser un verbo, un glifo de nombre y un glifo de lugar". Parte por lo corto de las inscripciones y parte por el limitado número de textos sobrevivientes, la escritura zapoteca ha permanecido por largo tiempo indescifrada. En contraste, actualmente los epigrafistas mayas estiman que pueden traducir (y leer en Chol o Yucateco contemporáneos, descendientes del ancestral lenguaje maya) tanto como el 90 % de los textos del maya clásico.

Los mayas grabaron sus inscripciones en los dinteles y las jambas de sus palacios y templos, en las tumbas de sus gobernantes y en monumentos y estelas colocadas en las plazas principales. E, igual que los olmecas antes que ellos, los mayas usaron sus inscripciones para legiti-



mar el poder de la élite. "Pienso que es una de las razones por las que la escritura resulta tan importante en la Mesoamérica del sureste que siempre fue un reinado shamánico" dice Schele. "El rey mismo resulta el primer shamán. Para probar que tiene el poder debe efectuar ceremonias de sangrado ritual y hacer viajes al otro mundo". Los monumentos registran estos rituales y jornadas en una forma verificable y pública — algo como las grabaciones y cintas que actualmente obtenemos, con registros permanentes de las interpretaciones de grandes músicos".

Los epigrafistas sospechan que, como algunas estelas mayas, el monumento de La Mojarra es un registro de los eventos de la vida de un gobernante. La iconografía de la estela y la estructura de la inscripción son también reminiscentes de lo maya. Pero la escritura misma es intrínsecamente diferente de la escritura clásica maya y puede representar un lenguaje de la familia Mixe-zoqueana más que un lenguaje maya. Si esto es así, la estela puede estar más directamente relacionada con los pueblos olmecas tempranos que también hablaron un lenguaje mixe-zoqueano.

Los sistemas jeroglíficos de La Mojarra y Maya pueden entonces ser 'primos' o 'un tío y un sobrino', dice Martha Macri, lingüista de la Universidad de California en Davis y una de los epigrafistas empeñados en descifrar el nuevo texto — una tarea que ella admite de antemano imposible a menos que se encuentren ejemplares adicionales de tal escritura (puesto que los otros pocos ejemplares no proveen suficientes indicios para hallar la clave). "Justo ahora, estamos tratando de determinar qué clase de sistema de escritura es éste", dice Macri. "Parece como si fuera un juego de glifos básicos muy sintetizados, muy geométricos. Y eso para mí, indica un alto grado de fonetización, quizá más que el que tiene el maya. Es casi como si estuvieran



usando letras, no alfabéticas pero sí silábicas, y parece que separaban el texto con símbolos que actuarían como puntos".



La carencia de otros textos escritos en el mismo sistema simbólico para comparar con la estela de La Mojarra ha sido un impedimento en el desciframiento de lo que claramente es una importante pieza del mosaico lingüístico mesoamericano. Además, hay ahí otra desafortunada atadura: la declaración

de que el monumento es un fraude. A causa de esto los eruditos que desean estudiar sus jeroglíficos se apoyan sólo en lo publicado sobre la estela. Lo cual es una vergüenza, pues los investigadores de aquí no tienen duda de que es genuina. "Si es un fraude", dice Georges Stuart, un arqueólogo del equipo de la National Geographic que ha estudiado de primera mano el monumento de La Mojarra, "entonces cualquiera que haya dicho eso merece un asiento de emérito en Harvard".



"Lo que se necesita para retirar esa nube de suspicacias es descubrir monumentos similares al de La Mojarra", dice Ricardo

Diehl, arqueólogo de la Universidad de Alabama en Tuscaloosa, quien está planeando una expedición para buscar tales muestras. Así mismo ejemplares adicionales pueden aclarar otras cuestiones perplejas. ¿En dónde existe tan prolongado texto, tan temprano en la historia de la escritura en Mesoamérica? pregunta Diehl, "¿por qué es tan largo y por qué se debe leer de manera diferente —del centro hacia afuera— a otros escritos? ¿Y por qué fue descubierto lejos, en medio del 'quinto infierno'? Aquél es un sitio insignificante para los estándares mesoamericanos. Y aquí tenemos ese hermoso monumento y su increíble texto. ¿Qué sucedió en La Mojarra? Responder a estas preguntas puede llevar a los estudiosos un poco más cerca del entendimiento de cómo se originó la escritura en Mesoamérica."

El artículo fue publicado originalmente en *SCIENCE*, vol. 251 del 18 de enero de 1991, pp. 268/270.

La traducción es de Francisco Beverido Pereau. Las ilustraciones fueron tomadas de la publicación original. Las viñetas empleadas como capitulares son numerales mayas "de cabeza" (del 1 al 11).

